

# LA VIDA SECRETA DE HENRY SPENCER ASHBEE



Ashbee, a los veintiséis años.

**P**ARA cualquier inglés contemporáneo medio consciente de su momento histórico, el siglo XIX no puede menos de aparecérsele, en comparación con la triste situación actual del país, como período de gran estabilidad y confianza nacionales. Mentar la época victoriana (1837-1901) es para muchos británicos recordar algo como un paraíso perdido, cuando el sol no se ponía sobre los territorios de un vasto imperio y la libra esterlina se erguía ufana sobre las demás divisas del orbe. Nos consta que la Gran Bretaña posimperial de hoy ofrece varios puntos de comparación con la España de 1898, y el río de libros dedicados a temas victorianos que fluye actualmente de las prensas británicas es sintomático, acaso, de una búsqueda de la identidad parecida a la llevada a cabo por los investigadores del famoso "problema de España". De todas formas, parece ser que, al querer comprender a sus abuelos, los ingleses de esta generación se están buscando, más que nada, a sí mismos.

Pues dentro de la oleada de libros dedicados al siglo XIX forman un apartado particularmente nutrido los estudios que se están haciendo hoy en día sobre la sexualidad de nuestros antepasados decimonónicos. Dada la liberalización sexual de los últimos años, no nos puede extrañar ni el interés suscitado por dichos estudios ni la determinación de sus autores de desentrañar en lo posible la vida secreta e inconfesada de los que construyeron el imperio que hace tan poco tiempo se ha desmoronado. Aquí, en vez de comentar este fenómeno en términos generales, quisiera fijar la atención en una figura victoriana poco conocida, pero sobre manera interesante, tanto por la significa-

Ian Gibson inicia esta semana su colaboración en nuestras páginas. El lector conocerá sin duda a Ian Gibson: notable hispanista especialmente conocido por su tesis sobre el asesinato de Lorca ("La represión nacionalista en Granada y la muerte de Federico García Lorca"). Como ha sucedido en muchos casos, este historiador británico se ha adelantado en sus investigaciones a las de los españoles. En efecto, aparte de la novedad de su tesis (situar el asesinato de Lorca en el contexto de la represión en Granada y no como un hecho aparte) aclara definitivamente algunos de los puntos más oscuros en la muerte de Federico. Como verá el lector, Ian Gibson aborda en este artículo un tema muy diferente, y en él demuestra también su conocimiento de la bibliografía española erótica.

ción sexual y cultural de su vida y obra como por su relación con el hispanismo: Henry Spencer Ashbee.

## La juventud de Ashbee

Henry Spencer Ashbee nació en Londres en 1834, es decir, tres años antes del acceso al trono de la Reina Victoria. Sus padres, oriundos del condado de Kent, al Sudeste de la metrópoli, procedían de una numerosa familia de pequeños propietarios rurales que desde hacía siglos vivían en estrecho contacto con aquellas llanuras fértiles, famosas por sus lúpulos. De la infancia de Ashbee sabemos todavía muy poco. En 1846, su padre, Robert Ashbee, fue a buscar suerte por tierras hispanoamericanas, volviendo sin la fortuna anhelada, pero, eso sí, con una colección de acuarelas que le habían inspirado las selvas del Amazonas, y cuyo encanto marchito sería recordado muchos años después por su nieto, el conocido arquitecto y discípulo de William Morris, Charles Robert Ashbee. Al volver a Inglaterra, Robert Ashbee obtuvo un puesto en una importante fábrica de pólvora, y ya por 1854 había ascendido al rango de gerente de la empresa, ubicada entonces a unos 15 kilómetros de la capital. Entre tanto, su hijo Henry había recibido una excelente educación en un colegio londinense, donde —a diferencia de la mayoría de las escuelas de entonces— se ofrecía una enseñanza especialmente eficaz en lenguas modernas. De ella supo aprovechar Ashbee, cuyo talento lingüístico era fuera de serie y quien a los veinte años ya hablaba con soltura el francés y el alemán.

## El vendedor viajante

Al terminar sus estudios, Ashbee ingresó en una prestigiosa fir-

ma de tejidos de Manchester, radicada en Londres, y durante diez años viajó como vendedor por Inglaterra y luego por Europa —Bélgica, Francia, Alemania, Portugal, España (país que le encantó desde el primer momento) e Italia—, teniendo así múltiples ocasiones de extender sus conocimientos lingüísticos y humanos. Sabemos que ya por esos años había empezado también a entregarse en cuerpo y alma a lo que sería la gran pasión de su vida: los libros. Incansable lector desde su infancia, el viajante Ashbee era, a los veinticinco años, un ferviente bibliófilo.

## Matrimonio y riqueza

En 1862, Henry Spencer se casó en Hamburgo con Elizabeth Lavy, hija de un rico industrial judío de la ciudad hanseática. No sabemos cómo los dos llegaron a conocerse, pero es de presumir que sería a consecuencia de alguna relación comercial entre ambas firmas. Lo cierto es que, al casarse Ashbee con Elizabeth Lavy entró como socio en la empresa de su suegro. He aquí, pues, a nuestro bibliófilo, a los veintiocho años, dueño de un capital y de una posición social importantes. Hombre de gran energía física y dotado de una singular aptitud para los negocios, Ashbee no desperdició la oportunidad que le había brindado la suerte. Se dedicó en seguida a fomentar la expansión de Lavy y Compañía, fundando en el mismo año de su casamiento una sucursal en Londres, y seis años después, otra en París. La compañía, especializada en importación y exportación, prosperó hasta tal extremo que, a su muerte en 1900, dejó Ashbee 65.000 libras esterlinas, una suma enorme por aquella época. Era en muchos aspectos el típico hombre de negocios victoriano: emprendedor, enérgico, confiado, consciente de

## IAN GIBSON

que pertenecía a la nación más potente del mundo.

## Ashbee y su grupo

Todo esto puede parecer bastante normal, y lo es. Pero debajo del sayal hay algo más, y Ashbee, pese a su aspecto de perfecto gentleman y pater familias victoriano, tenía también su vida secreta. El hecho es que, si le apasionaban los libros, en general, se sentía particularmente atraído por los libros eróticos y clandestinos, y entre ellos de preferencia los redactados en inglés, francés, alemán, español e italiano, las cinco lenguas que había llegado a conocer a fondo. Los grandes beneficios de sus negocios le permitían a Ashbee comprar cualquier libro que se le antojara, costara lo que costara, y con el tiempo reunió la más extraordinaria biblioteca de libros eróticos en Europa y, acaso, en el mundo entero.

Ashbee, claro, no monopolizaba tales preferencias librescas, pues había a la época en Londres, París y Bruselas todo un grupo de coleccionistas, editores y libreros dedicados al mismo tema, y que se conocían perfectamente entre sí. Entre ellos se podría señalar a Richard Monckton Milnes (lord Houghton), cuya biblioteca de libros eróticos era tan notoria que sus amigos le pusieron a su casa solariega de Yorkshire el apodo de Aphrodisiapolis; sir Richard Burton, el famoso explorador, lingüista, escritor y, entre otras muchas cosas, traductor de *Las mil y una noches* en su versión íntegra; Octave Delepierre, embajador belga en Londres; Jules Gay, otro belga, autor de la primera bibliografía de libros eróticos que en el mundo ha sido. *Bibliographie des ouvrages relatifs à l'amour* (1861); Henri Kistemaekers, también de Bruselas, editor de libros eróticos y de quien dijo Rubén Darfo que era "propagador de todas las cantáridas e hipomanes de la literatura"; Frederick Hankey, ex militar inglés residente en París y enteramente entregado a la búsqueda de libros eróticos, que mandaba clandestinamente a Inglaterra en la valija diplomática de la Embajada británica en París; el poeta Algernon Charles Swinburne, íntimo amigo de Monckton Milnes y, como él, admirador del marqués de Sade, y muchos más.

Los componentes ingleses de este grupo se sentían todos en

rebelión contra las normas sexuales vigentes en su país y lamentaban la influencia del puritanismo, que entre otras desventajas imposibilitaba hasta tal punto la investigación de la sexualidad que los mismos médicos no se atrevían a tocar el tema. Era natural, pues, que hombres como Burton, Milnes, Ashbee y Swinburne se sintieran muy a gusto en Francia, donde la sexualidad no suscitaba tantos temores y donde la literatura erótica no era perseguida con la misma ferocidad oficial que en la Inglaterra de la Reina Victoria. Y era natural también que a Ashbee, bibliófilo y obsesivo estudiante de lo sexual, le ocurriera la idea de escribir algo sobre su incomparable biblioteca. Así iba

fica orina en inglés y en otras lenguas románicas, y "anus" al ano, "Pisanus" viniendo así a ser una palabra que ningún victoriano hubiera podido pronunciar sin ruborizarse. Medio oculto tras este seudónimo editó Ashbee los tres gruesos y magníficos tomos de su bibliografía, impresos con cinco tipos distintos en tinta negra y roja. Sus títulos, dicho sea de paso, son una evidente parodia del de la lista de libros prohibidos por la Santa Sede: *Index Librorum Prohibitorum* (1877), *Centuria Librorum Absconditorum* (1879) y *Catena Librorum Tacendorum* (1885). La tirada de cada tomo constaba de sólo 250 ejemplares, hoy inencontrables. Desde entonces, dos o tres reediciones limitadas en fasci-

chos de los libros descritos por Ashbee ya no se encuentran en ningún sitio, máxime en bibliotecas públicas, y sin su testimonio no sabríamos nada de ellos. No es del caso ahora hablar en general de los tomos bibliográficos de Ashbee —han sido analizados además por Steven Marcus en su libro fundamental, *The Other Victorians* (Los otros victorianos), pero sí puede tener interés para el lector español saber qué nos dice el ilustre bibliófilo de la literatura erótica hispánica.

## Ashbee y la erótica española

A pesar de sus varias correrías por la piel de toro, Ashbee ha podido encontrar sólo poquitos libros eróticos españoles, falta que atribuye más a la pobreza económica del país que a su falta de imaginación. "Poco se puede esperar de aquel país infeliz", se lamenta, pese a lo cual reseña ocho títulos recientemente publicados (Catena, páginas 73-94). Dedicó trece páginas al *Retrato de la lozana andaluza* en la edición Rivadeneyra de 1871, siguiendo luego con *La cortina corrida, o la educación de Laura* (impreso en Londres, 1862, léase Barcelona) y es notorio que en los libros eróticos o pornográficos se suele dar toda clase de detalles falsos en las portadas: *La herencia de familia* (también de Barcelona, aunque, según la portada, impreso "en Moravia, por orden del tío Suavia, 1876"); *Las alcahuetas de Madrid*, obra clásica en su género, por don Casto Cascósela y Pingalisa, doctor en Galilea, natural de Jodar ("Madrid, 1872, imprenta del Priapo"); *Las noches de amor* ("Habana, imprenta del Parnaso, 1874", impreso, según Ashbee, en Barcelona); *Las aventuras de un pollo, cuadros de costumbres sociales por el reverendo padre Claret* ("Olimpo, imprenta Mitológica, 1874", también de Barcelona); *La tripona, o La casa de trato, comedia en un acto original y en verso* ("Bayona, 1850, imprenta de Jodigüelos, a cargo de don Cipote", ¿impreso en Madrid?); *El nuevo barberillo de Lavapiés, papotada en tres burdeles, original de don Telomoto Porelano, Leche del Maestro Melamane, estrenada en las mejores puterías de Madrid* (publicado ca. 1866, probablemente en Barcelona); y, por fin, *La desviada por su gusto con licencia de su madre, juguete carajinal y fornicario en un acto, en verso por el doctor Coflicida* ("Impreso en la venta del Carajo, Año de tantos y tantos", Barcelona, ca. 1877).

De *La lozana andaluza* no hace falta hablar aquí, pues la obra es harta conocida; según el análisis dado por Ashbee de las demás obras, parece ser que no carecen de mérito literario, y sería interesante saber si de ellas existen

ejemplares en la Biblioteca Nacional o en otro sitio. Ejemplares que acaso valiera la pena reeditar.

## Ashbee como hispanista

Entre los autores predilectos de Ashbee figuraba Cervantes, y sabemos que fue don Pascual de Gayangos, ilustre exiliado español residente en Londres y amigo de nuestro bibliófilo, quien le inició en la lectura de *Don Quijote* allá por el año 1880, poco antes de que Ashbee saliera en viaje mundial. El fuego cervantino prendió. Y Ashbee empezó a coleccionar todos los libros escritos por y sobre este autor que pudiera encontrar, llegando a reunir una biblioteca que, según el británico *Diccionario de biografía nacional*, era "la más importante colección cervantina particular en el mundo entero, si se exceptúa la del señor Bonsoms, en Barcelona". Además de esto publicó Ashbee numerosos artículos sobre asuntos cervantinos y un libro de todo punto extraordinario, *La iconografía de Don Quijote* (Londres, 1895), en el cual pretendió identificar y comentar todas las ilustraciones inspiradas en la inmortal obra de Cervantes. Este trabajo le mereció a Ashbee ser nombrado miembro correspondiente de la Real Academia Española, honor al que se mostró particularmente sensible.

## Ashbee, el Museo Británico y punto final

Ashbee, como se ha dicho, murió en 1900, un año antes que la Reina Victoria. En su testamento legó sus libros —8.764 de ellos, en 15.299 tomos— al Museo Británico. Las autoridades, al darse cuenta de que entre ellos figuraba una enorme colección de libros eróticos, se quedaron al principio algo indecisas, pero como no podían rechazar los libros eróticos y tomar la valiosísima colección cervantina, optaron por aceptar el legado en su totalidad, decidiendo, empero, encerrar la colección erótica en su "infierno". Como resultado de la previsión de Ashbee, dicha colección queda hoy intacta. Y poco a poco, a medida que los tiempos han ido cambiando, las autoridades del Museo han ido mostrándose menos inflexibles hacia los que, como yo, deseamos indagar sobre aspectos de la sexualidad británica del siglo XIX, facilitándonos sin demasiados problemas los libros necesarios. Libros que, al fin y al cabo, legó Ashbee a los estudiosos y no sólo a los bibliotecarios.

Honor, pues, a este auténtico raro victoriano, cuya vida y obra merecen la atención a la vez de los hispanistas y de los que se sienten atraídos por el estudio del XIX británico. ■



Ashbee, retratado en Shanghai en 1881, durante su viaje mundial.

cujando poco a poco el proyecto de redactar una bibliografía descriptiva de la literatura erótica de Europa, proyecto que Ashbee llevó a cabo entre 1875 y 1885, y que dio como fruto una obra de valor incalculable para el estudio de la sexualidad europea del siglo XIX y aun antes.

## Las bibliografías de Ashbee

Esta obra, claro está, no la podía publicar Ashbee bajo su propio nombre, ni entregarla a un editor corriente. Y así la imprimió por su cuenta, bajo el seudónimo latino a la vez atrevidísimo y cómico: Pisanus Fraxi. Las letras de las dos palabras, reorganizadas, dan Fraxinus Apis, es decir en inglés ash (fresno) y bee (abeja): Ashbee. Anagrama transparente, cabe pensar. Además de esto, "pis" signifi-

mil han sido publicadas en Inglaterra y Estados Unidos, pero se puede decir que la obra sigue desconocida del público.

El método utilizado por Ashbee en sus tres bibliografías es novel y riguroso. "El objeto de la presente obra —escribe al principio del *Index*— es catalogar, lo más completa y, al mismo tiempo, más sucintamente posible, libros que habitualmente no han sido mencionados por bibliógrafos anteriores, y reseñarlos de tal manera que el estudiante o coleccionista que no pueda consultar directamente los libros mismos pueda formar una opinión bastante adecuada de su valor o intención". Ashbee no describe ningún libro que no posea personalmente o que por lo menos no haya tenido entre sus manos, y en el caso de obras que considera relevantes, ofrece al lector no solamente un relato detallado de su contenido, sino varias citas del original. Mu-